

REFLEXIONES

La belleza femenina

Los profesores de estética se indignan cuando se les dice que sobre gustos no hay nada escrito. Para demostrar el error de tal afirmación exhiben las bibliotecas que existen sobre estética, los estudios que se han hecho para determinar las proporciones exactas que configuran la belleza, los ensayos que se ha impreso acerca de la naturaleza del arte como expresión de lo bello.

Y si bien tienen razón al afirmar que sobre estética, arte y belleza mucho se ha escrito, no es menos cierto que ese cúmulo de pensamiento atesorado en anaqueles demuestra fehacientemente que esa es una materia sobre la que no es posible encontrar una verdad universal, como la que propician, por ejemplo, las ciencias exactas.

Y cuando al sustantivo "belleza" agregamos el adjetivo "femenino", pues entonces se produce el caos. Y es que el concepto de belleza femenina no sólo varía a través del tiempo, sino se traduce distintamente según la cultura particular, no sólo de los países, sino hasta de las regiones de éstos.

La Venus de Milo, que por mucho tiempo fuera el paradigma de la mujer hermosa y bien formada, se habría visto rechazada hoy si buscara empleo como modelo. Rubens y Modigliani, cada uno en su tiempo y en su estilo, exaltaron la belleza de la mujer, pero no existe similitud alguna entre las redondeces de las modelos del primero y las magras formas de las del segundo. Para Lutero, lo más bello en la mujer era el pelo, en cambio Goethe insistía en que el epicentro de la belleza femenina estaba en el busto. La blancura de la piel femenina fue exaltada en la Edad Media, mientras que en nuestros días cualquiera mujer estará horas calcinándose bajo el sol para alcanzar un tono bronceado. En algunas regiones de África las mujeres se someten a dolorosas prácticas para ensanchar bocas y labios, mientras que, en Occidente, el maquillaje tiende a reducir o ampliar la dimensión de la boca, según la moda vigente.

Y, no obstante, todas estas disimilitudes, siempre, en las distintas partes del mundo, habrá gente que proclamará orgullosa y secretaria que es allí donde se dan las mujeres más hermosas del globo terráqueo. Confunden, así, la subjetividad del gusto con la objetividad del concepto de belleza.

Un par de años atrás me encontraba en Caracas conversando con un amigo chileno radicado varios años ahí. Hombre culto, arquitecto, escritor de valía, comparaba costumbres y realidades de Chile y Venezuela.

"En lo que no hay nada que hacer —terminó diciendo rotundamente— es respecto a las mujeres. Son feas, ordinarias, sin porte, sin elegancia. Nada que ver con las chilenas".

Yo quise ser objetivo. Traté a mi amigo de chauvinista le aseguré que había visto en Caracas mujeres tan hermosas como las que veía en Santiago, le hice ver que sus prejuicios eran residuos de un provincianismo inaceptable en un hombre de mundo como él. Pero no hubo cómo convencerlo y me despedí desilusionado de su limitación estética.

Al día siguiente, mientras esperaba que un semáforo me diera luz verde para continuar en el auto, vi cruzar frente a mí a un monumento de mujer. Extraordinaria. Llenaba todos los requisitos que podía existir cualquier hombre. "A esta venezolanita debería ver mi amigo. Así dejaría de ser testarudo", pensé. En ese momento, el monumento me miró se acercó y alegremente me saludó. Era una amiga chilena que hacía años no veía.

No obstante esta anécdota —o, tal vez, debido a ella— sigo pensando que la evaluación de la belleza femenina es un problema cultural. Debe tener toda la razón el nigeriano que jura por su madre que no hay mujer más bella que la de Nigeria. No tengo por qué dudarlo. Pero como soy chileno...

PARTIQUINO.

ENCUENTROS